

Sorpresas Y decepciones

ÁLVARO
MARIÁS

El comienzo de la temporada madrileña nos ha deparado algunas decepciones. En el IX Ciclo de Lied de “La Zarzuela”, el esperado recital de Barbara Hendricks no respondió a las expectativas que lógicamente había suscitado. La celeberrima cantante americana ha protagonizado una carrera ejemplar y todo amante del canto y de la música siente un gran respeto por su trayectoria. En su reciente recital madrileño la Hendricks hizo una vez más gala de su encomiable profesionalidad, preparando un recital muy difícil y exigente, montado a la perfección y cantado con absoluta seguridad y dominio. Y, sin embargo, los resultados artísticos no fueron los esperados. En primer lugar, su voz ha evolucionado de manera imprevista. Su timbre transparente y cristalino ha perdido nitidez y belleza. En el agudo los problemas se dejaron sentir con claridad y el registro grave se ha tornado un tanto borroso. La voz ha adquirido ese peculiar timbre de tantas cantantes de color, al tiempo que el vibrato —siempre un poco rápido— en momentos es de una amplitud exagerada que emborrona la línea vocal. En suma, a juzgar por lo oído en Madrid, la Hendricks sigue teniendo una buena voz, pero que en cierto modo ha

MÚSICA

dejado de ser su voz. Su recital realizó un arriesgado recorrido por muy diversos mundos: de la Escandinavia de Grieg y Ture Rangström al romanticismo de Schubert; de la Francia de Poulenc a la España de Falla. Un viaje con demasiadas escalas, tal vez, para que la voz, y sobre todo la sensibilidad, puedan aclimatarse tan rápidamente a tanta diversidad de cantares y sentires. A decir verdad, en ninguno de estos universos nos

encontramos verdaderamente “en casa”. Sólo cuando llegó la música americana, ya en las propinas, prodigadas con extrema generosidad fuera de programa, el arte de la Hendricks logró verdaderamente transmitirnos el contenido de la música. No es de extrañar que el Falla de la americana no nos lograra convencer. Muchos cantantes tienen la deferencia de interpretar música española en sus giras por nuestro país. Es un gesto muy de agradecer. Pero es difícil que alcancen las cotas a las que estamos acostumbrados. Su Falla es lo bastante bueno para ser apreciado en cualquier parte. Menos aquí. Y no por los perfectamente disculpables defectos de fonética, sino porque la envidia, el señorío, la profundidad de las *Siete canciones populares* son muy difíciles de penetrar, incluso para los cantantes españoles. Músicas tan arraigadas en el folklore como ésta se resisten terriblemente a ser aprehendidas por intérpretes de otras culturas. Así ha sido siempre.

Lo que ya no es tan comprensible es que ni la Hendricks ni el pianista Love Derwinger logran trasladarnos al universo schubertiano, ni tan siquiera de la mano de algunas de las canciones más conocidas y geniales del vienés. Esa *Gretchen am Spinrade*, con un piano en “non legato”, en el que más que el girar de la rueda parecía que el pianista se pinchaba el dedo en cada nota, fue verdaderamente desconcertante.

Tampoco las canciones de Poulenc sobre poemas de Louise de Vilmorin y de Jean Moréas nos transmitieron las sutilezas del mundo lúdico e irónico del francés. Quizá nos quedaríamos con las canciones de Grieg y Rangström, pero si pidiéramos su veredicto a un finlandés y a un sueco quién sabe si comulgarían con esta opinión.

Simon Bocanegra

Programó el Real Simon Bocanegra. Una idea no demasiado feliz, porque se trata de una de las óperas más aburridas de Verdi, sólo capaz de salvarse de la mano de cantantes extraordinarios, de batutas fuera de serie, de puestas en escena de primer orden. Buena parte de la culpa la tiene el bueno de nuestro Antonio García Gutiérrez, autor del drama que dio lugar al libreto de Francesco Maria Piave. Nuestros dramaturgos románticos fascinaron a media Europa. Hoy no nos resulta fácil entenderlo. El argumento de *Simón Bocanegra*, como el de *El Trovador*, es un culebrón tremebundo, de argumento verdaderamente inextricable. Incluso mentes muy lúcidas han de claudicar a la hora de pretender dominar el laberíntico enjambre de parentescos, traiciones, ambiciones, revoluciones, amoríos y venganzas que entretejen tan tupidamente la trama del dramón.

No es que la producción del Real fuera mala, no. Pero no fue lo suficientemente buena para mantener a flote tan pesada

embarcación. Bien, francamente bien, sin llegar a extraordinaria, la dirección de Gabriele Ferro, con un elenco más que estimable. Excelente la voz —no tanto la manera de decir la música— de Alexandru Agache; brillante, segura y sobrada de facultades la Amelia de Elisabete Matos; muy bella la voz de Marco Berti que cantó un estimable Gabriele; bien vocalmente el Fiesco de Giacomo Prestia. Lo más flojo, los impropios —y reiterados— decorados de Michael Scott, que sugerían cualquier cosa antes que el medioevo romántico, cuya recreación es la gran tabla de salvación de toda la ópera. Tampoco brilló especialmente la convencional dirección escénica de Giancarlo del Monaco.

En suma, una velada poco memorable, en la que nada estuvo muy mal, pero tampoco nada fue lo suficientemente atractivo como para dar verdadera vida a esta poco afortunada ópera verdiana.

Vadim Repin

La Orquesta Nacional inició su ciclo de conciertos con la visita de uno de los más brillantes violinistas jóvenes de la actualidad, el ruso Vadim Repin, un nuevo alumno de Zakhar Bron, el insigne catedrático de la Escuela Reina Sofía. Si comparáramos a Repin con el otro gran alumno de Bron, el famosísimo Vengerov, diríamos que estamos ante otro formidable violinista, de técnica deslumbrante, pero que Repin es mejor músico, un intérprete más profundo, capaz de sobresalir no ya con los fuegos artificiales del repertorio virtuoso, sino también ante una obra tan enjundiosa y trascendente como el *Concierto en Re mayor* de Brahms.

Ahora bien, a pesar de ser un violinista completo, de técnica poderosísima, de sonido muy bello y de considerable comunicatividad, aún le falta camino por andar. ¿Por qué? Nos vienen a la memoria las palabras del formidable Henryk Szeryng, cuando decía: “Un muy buen violinista, familiarizado con la escena, dominador del instrumento y del repertorio, será tan capaz como el gran solista internacional de ejecutar en excelentes condiciones técnicas tal concierto o tal sonata. Pero el gran solista sabrá meter a su auditorio en una actitud de escucha atenta y no solamente agradable. ¿Por qué? Cuestión de instinto”. La audición de Repin aún tiene altibajos, y está aún lejos de lograr herir la sensibilidad del oyente de una

manera profunda. Un grandísimo violinista, sí, pero no todavía un artista cuajado, un verdadero creador de los que dejan huella perdurable en la memoria. A su edad, quién lo duda, tiene tiempo de sobra para lograrlo.

El arte de programar

Un director tiene que poseer muchas cualidades difíciles de conjuntar en una misma persona. Entre ellas hay una que se olvida a menudo y que es, sin embargo, de suma importancia: el talento, la originalidad, la imaginación a la hora de programar. Esta cualidad es aun más valiosa en la figura del director titular. El director de la Orquesta de la Comunidad de Madrid, José Ramón Encinar, la posee en alto grado, lo que sin duda contribuirá a que una orquesta relativamente joven, aún no comparable a otros conjuntos madrileños, evolucione de manera positiva y que sus ciclos de conciertos logren captar un público no ya numeroso, sino además inquieto y receptivo.

Encinar, al margen de sus reconocidas cualidades como director y como compositor, es un gran programador. Y buena falta hace en España que las programaciones concertísticas salgan de la rutina y de la convencionalidad. Buen ejemplo de ello fue el perfectamente construido programa-homenaje a Xavier Montsalvatge, que comenzó y terminó con música del gran maestro catalán: una obra rarísima vez escuchada, el *Canto espiritual*, sobre textos de Joan

MÚSICA

diversidad de las posibilidades de la música concertante, y que encontró en el violonchelista bilbaíno Asier Polo un intérprete admirable. El programa se completó con un amplio y significativo fragmento de la *Atlántida* de Manuel de Falla/Ernesto Halffter: *El jardín de las Hespérides*.

En suma, un programa de música española interesante, original, equilibrado, que fue además muy bien interpretado por director, coro, orquesta y solistas. Todo lo cual completó, sin alharacas, una excelente velada musical.

Maragall, para comenzar. Como colofón de la velada, una de sus partituras más célebres y brillantes, la *Desintegración morfológica de la Chacona de J. S. Bach*.

Entre una y otra, una cala en una estética más actual, de la mano del *Concierto para violonchelo* de Tomás Marco, una partitura sumamente original, que profundiza muy hábilmente en la